

# **EL PERIODISMO COLOMBIANO EN LOS TIEMPOS DEL FRENTE NACIONAL. ENTRE LA LUCHA CONTRA EL CONSENSO INFORMATIVO Y LA PROFESIONALIZACIÓN DEL OFICIO \***

---

Colombian Journalism in the Time of the “Frente Nacional”.  
Between Fighting Against the Informative Consensus and  
Struggling for the Professionalization of the Trade

## **Nelson Castellanos Prieto**

Historiador. Magíster en Comunicación, Universidad Javeriana, Bogotá, Colombia. Profesor de la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Universidad Javeriana en las asignaturas de Historia del Periodismo e Historia de la Comunicación. Autor de varios artículos sobre la Historia de la Radio en Colombia y miembro del grupo de investigación Comunicación, Cultura y Ciudadanía del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) de la Universidad Nacional de Colombia.

[ncastel67@hotmail.com](mailto:ncastel67@hotmail.com)

Correspondencia: calle 126 N° 60-23. Bogotá. Colombia.

---

\* El presente artículo hace parte de un avance de la investigación sobre la profesionalización del periodismo en Colombia, tema que corresponde a la tesis doctoral que actualmente se desarrolla en el marco del doctorado en Historia de la Universidad Nacional. Bogotá.

## RESUMEN

El objetivo de este artículo es ofrecer un panorama de los primeros años del Frente Nacional (1958-1967), con el fin de identificar algunos actores y sus relaciones entre sí, como un primer paso en el estudio del proceso de profesionalización del periodismo en Colombia. Entre los actores destacamos las asociaciones de periodistas, las universidades, los organismos internacionales y el Estado colombiano. Proponemos tres tipos de relaciones; la relación periodismo – política, a la luz de las consecuencias del pacto bipartidista en el campo periodístico; una segunda relación entre las agremiaciones que pretendieron asociar a los periodistas para defender intereses comunes al oficio. Finalmente la relación entre periodismo y academia, teniendo en cuenta la formalización de los estudios de periodismo en las primeras universidades que ofrecieron una formación profesional en sus programas de estudios.

**Palabras clave:** Historia del periodismo, periodistas, asociaciones, profesiones, política.

## ABSTRACT

The aim of this paper is to offer an overview of the first years of “Frente Nacional” (1958-1967) by identifying some of the actors and their relationships, as a way to deepen the study of journalism’s professionalization process in Colombia. Among the actors we will highlight journalists associations, universities, international agencies and the Colombian State. Herein we propose three types of relationships: a journalism-politics relationship, in light of the two-party pact’s consequences in the journalistic field; a second relationship among the unionizations that intended to associate journalists to defend interests common to the trade; and finally the relationship between journalism and the academy, taking into account the formalization of journalism studies in the first universities that offered a professional education in their study programmes.

**Key words:** History of journalism, Journalists, Associations, Professions, Politics.

*Recibido: 15 de julio de 2011*

*Aprobado: 27 de agosto de 2011*

La década del sesenta es recordada en Colombia por el intento del bipartidismo en cerrar las heridas de la confrontación partidista iniciada en décadas anteriores, mediante un acuerdo político entre el Partido Liberal y el Partido Conservador a través de la alternación del poder, dicho pacto fue conocido en la historia política bajo el nombre de Frente Nacional (1958-1974). En aquellos años, el ejercicio del periodismo reflejó algunos aspectos de las consecuencias de dicho acuerdo que se expresaron de manera conflictiva entre sectores reacios a aceptar el consenso político y sectores afines al acuerdo. Se vivió también un despegue de la profesionalización del oficio periodístico con la consolidación de programas de educación superior en instituciones universitarias, así como intentos de organización gremial para defender los intereses de los periodistas. El espacio público internacional fue activo también en la organización de diversas agrupaciones que buscaban la integración de los periodistas en medio de diversos conflictos; la confrontación ideológica entre países capitalistas y comunistas, los conflictos laborales dentro de las empresas periodísticas, el esfuerzo por unificar criterios de enseñanza del periodismo en América Latina y por supuesto, el avance de las nuevas tecnologías audiovisuales que planteaban un desafío al periodismo escrito.

Consideramos que la descripción de este panorama nos permitirá avanzar en la identificación de algunos conflictos alrededor de una profesión que a todas luces está íntimamente ligada a la política, pero a la vez no cesa en su lucha por una autonomía y reconocimiento profesional. En efecto, la relación política-periodismo permite ver, por un lado, el enfrentamiento en terrenos ideológicos y políticos entre el periodismo afecto al régimen del Frente Nacional y el periodismo de oposición a dicho régimen, tal enfrentamiento derivó también en el campo laboral mediante la oposición entre los llamados periodistas *empresarios* y los periodistas *asalariados*. Fue Marco Tulio Rodríguez, periodista de *El Espectador*, quien estudió el problema de estos últimos quienes al no tener un régimen especial quedaban expuestos a las normas generales del derecho laboral, lo cual facilitaba, según él, la explotación, la persecución y la desventaja de un oficio intelectual frente al poder de los empresarios y el Estado. Rodríguez se destacó por sus investigaciones periodísticas y fue galardonado en 1961 con el premio *Mergenthaler* otorgado por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), luego de este reconocimiento entró en franco conflicto con los propietarios del periódico por sus actividades sindicales.

Estos conflictos estimularon asociaciones de diverso tipo en medio de un proceso naciente: la profesionalización como carrera universitaria que generó algunas tensiones entre el modo *empírico* de concebir el oficio y el modo *académico*. Sin duda, el contexto internacional incidió en estos conflictos y un elemento que articuló estos dos temas fue la lucha por definir y aprobar legalmente un estatuto profesional del periodista. Se pretendía con este estatuto defender la autonomía intelectual, obtener garantías laborales frente a los empresarios y garantizar la

libertad de expresión de los periodistas asalariados. De este modo, tratamos de exponer un panorama con las salvedades de algunos problemas respecto a la limitación de fuentes que nos obliga a concentrarnos en los primeros años del Frente Nacional y, de otro lado, el interés meramente descriptivo con el fin de dejar para futuros trabajos aspectos teóricos sobre la formación del campo profesional del periodismo. Resta decir que en esta aproximación quedan abiertas las inquietudes sobre un tema que poco ha interesado a la historiografía colombiana.

### **UNA LECTURA DEL FRENTE NACIONAL: LOS TIEMPOS DE LA PROTESTA SOCIAL**

En la memoria de muchos colombianos el Frente Nacional significó una tregua de la violencia bipartidista y una tregua también del periodismo sectario que caracterizó las décadas anteriores. No obstante, los indicios sobre la situación de orden público y el no cese de la violencia, así como la escasa participación electoral y los conflictos en el campo periodístico, nos obliga a mirar con cautela las bondades que se suelen atribuir a dicho acuerdo político. Un balance crítico de la experiencia del Frente Nacional hecho por Jonathan Hartlyn, especialista en estudios de política comparada en América Latina, permite comprender la radicalidad con la que se defendió y se atacó la coalición bipartidista, ya fuera desde la prensa o la radio por intelectuales que tuvieron ambiciones políticas y ejercieron la crítica implacable o la defensa ciega. Varios aspectos son relevantes de esta coalición tal como se desprende de dicho balance del cual hacemos la siguiente síntesis. En primer lugar, la coalición bipartidista deja ver que fue un arreglo en el que todas las facciones partidistas ganaron en intereses burocráticos y a los sectores populares, que no participaron del acuerdo, se les ofreció *la paz y la esperanza de reformas sociales* sin que al final se pudieran atender de manera concreta sus demandas de bienestar social. Dicho arreglo se tradujo en un faccionalismo que hizo que en vez de bipartidismo, realmente se viviera un multipartidismo con una consecuencia conflictiva: las luchas interpartidistas para captar los recursos del Estado, sin que hubiera una fiscalización del manejo de los recursos públicos, de ahí que uno de los aspectos más interesante con repercusiones en la formación de opinión pública fuera el secretismo. El secretismo fue esa particular forma de acordar las reglas de juego, tomar las decisiones evadiendo el debate público pasando por encima de las instituciones y fortaleciendo el poder presidencial y además contó con la ayuda del periodismo gobiernista en un proceso de encubrimiento que caracterizó la toma de decisiones y los acuerdos.

Un rasgo que expresa lo *inequitativo* que caracterizó al Frente Nacional desde la perspectiva económica y social fue su costo en términos de legitimidad y pobres resultados sociales; reformas económicas que no cumplieron con sus objetivos

y algunas de ellas salieron de las oficinas de los gremios económicos, reformas tributarias que terminaron aumentando la evasión, reformas agrarias que acabaron en contrarreformas y discrepancias públicas con el Fondo Monetario Internacional (FMI) que terminaron finalmente en la ejecución de sus “recomendaciones”. Mientras tanto, el balance económico deja ver un crecimiento moderado de la economía gracias a la política de coalición que evitó cambios radicales, fomentó la inversión extranjera, atrajo el crédito externo y al final encontró un reconocimiento de cierta legitimidad con un delicado costo: la no inclusión de los grupos que estaban por fuera del bipartidismo y el favorecimiento de los gremios productores por encima de los sectores populares. En este panorama llama la atención el papel del Congreso. No fue el escenario para los debates y las decisiones importantes en el campo económico, lo cual tuvo una enorme importancia a la hora de examinar la relación entre el tipo de democracia electoral y la baja calidad de la participación política; un electorado cada vez más urbano, numeroso, educado y apático, cuyas cifras de votación y abstención, no obstante los altos y bajos, terminaron fortaleciendo el clientelismo y la captura de los recursos del Estado por las maquinarias partidistas (Hartlyn, 1993).

No parece gratuito que ante semejante panorama, sea precisamente en la década del sesenta cuando aparezcan por un lado, los principales grupos guerrilleros y del otro, una airada respuesta de los trabajadores urbanos, campesinos y demás grupos sociales excluidos del reparto de la riqueza mediante la organización de movimientos sociales y por supuesto, la protesta social tal como lo ha demostrado Mauricio Archila en su investigación sobre la acción social colectiva en Colombia durante la segunda mitad del siglo XX. El cubrimiento que la prensa proclive al gobierno hizo de los reclamos por una atención a las demandas sociales fue precario en cuanto a resaltar la inequidad en el reparto de la riqueza y la justeza de dichos reclamos. Tuvo más visibilidad en los periódicos partidistas la amenaza al orden público y la estigmatización de la protesta, lo cual ahondó más la injusticia y la violencia que en las décadas posteriores llegó a extremos delirantes (Archila, 2003).

Finalmente, hay que considerar que la década del sesenta comienza con un hecho político: la consolidación y visión de la revolución cubana como amenaza para los intereses de los gobiernos proclives a los Estados Unidos. Dicha revolución fue tomada como ejemplo para los sectores de izquierda y como tema de polémicas editoriales en la prensa que no podía estar ajena a las implicaciones que la experiencia cubana tenía para el futuro de la región. De modo que el periodismo fue un campo de lucha ideológica y un espacio de expresión para intelectuales con aspiraciones políticas, mientras que para otros fue la oportunidad para buscar un reconocimiento como gremio profesional en medio de otra lucha; aquella en la que la definición del oficio y su deber ser se planteaba en la academia, en los gremios de periodistas y en instituciones internacionales que tampoco eran ajenas a las vicisitudes de la guerra fría.

## PERIODISMO Y POLÍTICA: LA LUCHA POR EL DISENÑO Y LA DEFENSA DEL CONSENSO

Uno de los aspectos que llama la atención en este periodo es la confrontación entre dos tipos de periodismo; por un lado lo que se llamó la Gran Prensa, compuesta principalmente por los periódicos bipartidistas de circulación nacional que apoyaban la coalición (*El Tiempo, El Espectador, El Colombiano, La República, El País, entre otros*), y de otro lado, la prensa opositora compuesta por proyectos periodísticos que no compartían la acción del régimen frente-nacionalista. Estos proyectos fueron una alternativa en propuestas informativas y enfoques novedosos que buscaron llegar a nuevos públicos y expresar una visión del mundo distinta a la que ofrecía el periodismo partidista tradicional; miradas sociológicas a los problemas estructurales y un interés por el ámbito cultural a través de la divulgación de narrativas del país por fuera de la política tradicional. Algunos trabajos han mostrado aspectos centrales del poder ejercido por la Gran Prensa, como fue el caso de *El Tiempo*, cuyas estrategias discursivas fueron claves para defender los intereses del Frente Nacional ante las campañas políticas que en 1962 se oponían a las que defendía la coalición. César Ayala ha demostrado la forma sistemática como a través de los titulares, las noticias, editoriales y caricaturas se construyó una imagen negativa de dos campañas políticas; la del Movimiento Revolucionario Liberal (MRL), una disidencia del partido liberal en cabeza de Alfonso López Michelsen, y la de la Alianza Nacional Popular (Anapo), una fuerza política dirigida por Gustavo Rojas Pinilla, justamente aquel líder militar derrocado en 1957 por la coalición bipartidista. En dicha estrategia estuvo presente el lenguaje difamatorio, la ausencia de reconocimiento del otro para su defensa, así como el rechazo del periódico liberal a la ideología comunista que predominó en un amplio sector del periodismo latinoamericano de aquellos años, y fue motivo de preocupación en la agenda de los propietarios y directores de medios de comunicación en el continente (Ayala Diago, 2008).

Justamente en 1962 ocurre uno de los hechos que mejor expresa la actitud de la Gran Prensa frente a la violencia de aquellos años, pero sobre todo su visión de la función del periodismo ante la información que diariamente reportaba distintos tipos de violencia, así como las implicaciones de dicha información en la formación de opinión pública. En octubre de este año, se reunieron en Bogotá representantes de 39 periódicos con altos funcionarios del Estado con el fin de discutir la manera de informar todo aquello que tenía que ver con la situación de orden público. Cabe recordar que ya había concluido el primer gobierno del Frente Nacional, bajo la conducción de Alberto Lleras Camargo, uno de los más prestigiosos periodistas y gestor del acuerdo político bipartidista. En sus memorias de periodista, Carlos J. Villar Borda narra episodios que muestran la actitud censora de Lleras Camargo y su permanente comunicación con directores de prensa para incidir en la línea editorial de los periódicos (Villar Borda, 2004). De modo que a pesar de haber transcurrido los primeros cuatro años del gobierno

de coalición, los hechos de violencia no cesaban y los directores de los principales periódicos del país tuvieron que reunirse para llegar a una declaración que se expresó en más de 15 puntos de un acuerdo sobre el “deber ser” informativo. Algunos puntos llaman la atención:

“[...]”

- Evitar toda polémica sobre las responsabilidades que en la violencia hayan tenido los partidos políticos, dejándole el necesario juicio histórico a una generación menos angustiada y comprometida.
- No asignarles ningún rótulo político a los victimarios, ni a las víctimas.
- Predicar virtudes democráticas, justicia, tolerancia y concordia [...] (El Espectador, 1962, 5 de octubre, p. 1).

Tan solo el director de *Tribuna* de Ibagué, Flavio de Castro se negó a firmar el acuerdo porque según él, tal acuerdo no acabaría con la violencia. Probablemente tenía un mayor conocimiento del tema, pues cuatro años atrás había sido asesinado el anterior director de este periódico. Realmente el ambiente de distensión entre liberales y conservadores se había transformado en un ambiente de crispación entre los gobiernos de la coalición y el periodismo de oposición. Fueron permanentes los episodios de censura por parte del gobierno a la prensa opositora y especialmente al periodismo radial; mientras existía cierta tolerancia con la caricatura política en la prensa escrita, los espacios de humor político en la radio fueron sancionados con más rigor, como fue el caso de *El Duende* y *El Pereque* en Radio Santa Fe. A lo anterior se debe sumar el alza en las materias primas para la industria editorial, la oferta de publicaciones extranjeras en idioma español y la pauta publicitaria colombiana en estas publicaciones (C.N.P, Reporter, 1965, p. 7).

En términos generales, la percepción sobre la democratización de los medios de comunicación por parte de quienes no aceptaban el acuerdo frente-nacionalista era desalentadora. Para ellos, un amplio sector del periodismo escrito estaba cooptado por el régimen. Sólo quedaba en el medio radial alguna posibilidad de crítica, pese a todo, y como es tradición en la historia del periodismo colombiano, el periodismo de oposición parece adquirir más vitalidad cuando más fuerte es el régimen de coalición. Lo recordamos con la beligerancia del periodismo liberal en la época de la Regeneración a fines del siglo XIX y luego al final del periodo de Rafael Reyes en la primera década del siglo XX. De modo que en los años sesenta no faltó el disenso y de eso se encargaron varios proyectos periodísticos.

En otro trabajo del historiador César Ayala, encontramos características de uno de aquellos proyectos como fue el caso de las publicaciones orientadas por Alberto Zalamea Costa, un intelectual decididamente opositor al bipartidismo quien funda en 1961 una revista semanal, *La Nueva Prensa*, con el objetivo de poner en práctica un tipo de periodismo preocupado por el debate de la identidad nacional en el contexto de la lucha anti-imperialista, así como por temas de una

agenda noticiosa orientada por la defensa de los intereses nacionales frente al gran capital, la integración económica latinoamericana y una defensa del legado hispánico como referente de la identidad nacional. Tanto fue su carácter beligerante contra el bipartidismo que Zalamea termina en el campo de la política con la fundación del Movimiento Democrático Nacional (MDN), que no logra consolidarse y termina adhiriendo a la Alianza Nacional Popular ANAPO en 1966 y con este hecho finaliza el proyecto periodístico (Ayala, 2000).

Como se mencionó atrás, el MRL no solo fue un movimiento político disidente del liberalismo, sino también un núcleo político que congregó a intelectuales quienes dirigieron proyectos periodísticos en su acción opositora al Frente Nacional. A la cabeza del MRL estuvo Alfonso López Michelsen quien desde sus semanarios *La Calle* y *SETT* (Salud, Educación, Tierra, Techo) orientó la divulgación informativa de su movimiento. Junto a López, una corriente de intelectuales y artistas se adhirieron al ambiente que se oponía a la hegemonía del Frente Nacional. Álvaro Tirado Mejía expone una síntesis de lo que significó dicha acción en su estudio sobre la relación entre este movimiento y la cultura, así como los distintos proyectos periodísticos que caracterizaron tal acción opositora en cabeza de reconocidos intelectuales; Álvaro Uribe Rueda que había fundado en 1954 la revista *Nueva Crítica*, pasó a dirigir el semanario *La Calle*, Jorge Child dirigió *El Observador* y Gerardo Molina estuvo al frente de *La Gaceta*. De otro lado, la revista *Mito*, fundada en 1955 y dirigida por Jorge Gaitán Durán fue una publicación relevante en la divulgación del pensamiento universal contemporáneo y espacio para la expresión de intelectuales colombianos, algunos de los cuales como Gabriel García Márquez iniciaban su trayectoria como escritores públicos (Tirado Mejía, 1990).

En medio de este ambiente de confrontación política, un sector de extrema derecha se dedicó a hostilizar a la prensa opositora, controlar la economía de los medios, ejercer una presión sobre el ambiente intelectual contrario a los intereses del Frente Nacional y perseguir al comunismo. Dicha acción fue conocida como La Mano Negra, detrás de esta se encontraban abogados, empresarios y políticos tales como José Gómez Pinzón, Hernán Echavarría Olózaga y Genaro Payán. La intolerancia frente al comunismo terminó en despidos de periodistas, elaboración de listas de intelectuales sospechosos y cierre de periódicos como sucedió en Cali con el diario *El Relator* (Vallejo Mejía, 2006).

Ante el amplio despliegue de distintas formas de censura, una de las preocupaciones de los críticos de la Gran Prensa fue la organización de los periodistas para defender su trabajo y enfrentar colectivamente la presión de los dueños de las empresas periodísticas. El camino era pues fortalecer la agremiación.

## **PERIODISMO Y GREMIALISMO: LA LUCHA POR EL ESTATUTO DE LA PROFESIÓN**

En esta tensión entre un periodismo defensor del Frente Nacional y otro que lo cuestionaba, el telón de fondo parecía ser las modalidades del oficio; un periodismo ejercido por intelectuales que también eran líderes políticos o pronto lo serían, de modo que la actividad profesional era un trampolín para la vida pública y cuando salían del gobierno regresaban al periodismo para seguir ejerciendo un poder a través de las columnas de opinión. Algunos ejercieron también como empresarios al ser dueños de periódicos, emisoras y revistas. La otra modalidad era la ejercida por intelectuales con escasa visibilidad partidista; reporteros y redactores cuyos nombres no estaban ligados a la ambición política sin que eso significara apatía, pero su preocupación mayor rondaba por las condiciones laborales, la defensa de sus intereses como trabajadores asalariados, la formación intelectual y el fortalecimiento del gremio. Como característica importante de este grupo estaba la preocupación por la formación de una opinión pública crítica y prueba de esto son sus constantes llamados a la preparación del periodista, al debate de los temas estructurales del país y el reclamo por un periodismo independiente (C.N.P. Repórter. 1964, p. 12).

Aunque en la primera mitad del siglo XX hubo numerosas experiencias de agremiación local y algunas nacionales, es en la segunda mitad cuando adquiere más fuerza el interés asociativo. Entre las asociaciones más representativas hay que considerar al Círculo de Periodistas de Bogotá (CPB), creado en 1946 por iniciativa de redactores de los principales periódicos bogotanos con el objetivo de abrir un espacio a la discusión de los temas que preocupaban a los periodistas y como motivo de encuentro para unir esfuerzos frente a problemas comunes entre los cuales estaba la defensa de la libertad de expresión. Una de las agremiaciones más importantes fue el Colegio Nacional de Periodistas (CNP), creado en 1957 por iniciativa de periodistas de los principales diarios capitalinos bajo la dirección de Ramiro Andrade. Cinco años después de su fundación, vivió una crisis que generó la salida de un amplio grupo de redactores que terminaron creando en 1962 la Asociación Colombiana de Periodistas (ACP), que contó entre sus logros el impulso de una ley de vivienda para los periodistas sancionada por Guillermo León Valencia en el mismo año (*Revista de la Asociación Colombiana de Periodistas*, 1966, p. 5).

En 1964 el CNP realiza el primer congreso nacional de periodistas en la ciudad de Cúcuta. El discurso de inauguración fue leído por su presidente Leopoldo Vargas, quien recuerda los orígenes de esta agremiación y señala aquello que divide al periodismo colombiano y de paso marca la naturaleza del conflicto que preocupaba a los periodistas asalariados:

“Surgió como el primer sindicato que haya tenido la prensa colombiana, en oposición a agrupaciones del mismo gremio creadas bajo la divisa del Club Social, donde armonizan y comparten manteles los dueños de periódicos y la élite reporteril. Nuestro sindicato se propuso congregar a todos los periodistas no empresarios, tomando como ejemplo la historia, la cual comprueba que solo mediante la acción colectiva pueden los trabajadores defender sus intereses y mejorar sus condiciones de vida frente a la fuerza capital, nunca dispuesta a otorgar de buen grado beneficios a sus empleados” (C.N.P. Repórter. 1964, p. 20).

De este modo, el objetivo era despertar el sentido de agremiación en los periodistas asalariados, impulsar su formación ante los desafíos que implicaba la divulgación científica de la época y la complejidad de la política internacional, por supuesto la responsabilidad por la explicación histórica de la violencia bipartidista de los años anteriores. Uno de los puntos centrales en dicho congreso fue el tema de la libertad de prensa. Siguiendo con el discurso de Vargas, sus interrogantes sobre este tema nos dan una idea del tipo de censura que preocupaba al congreso:

“¿Es la libertad de prensa, simplemente la libertad de industria? ¿Significa apenas la libertad que tiene el empresario de opinar a su manera obligando al periodista a ceñirse a ese criterio así sea equivocado? ¿Y puede aceptarse como real e inobjetable la libertad de prensa cuando los periódicos deben colocarse al servicio de los grandes anunciadores y se doblegan ante las poderosas fuerzas de la presión económica? ¿No es patente el peligro de que los periódicos, al convertirse cada vez más en anunciadores de la industria y del comercio, pierdan su capacidad de dirección de las masas, las cuales hallan avisos en ellos pero no una sana disposición educadora?” (C.N.P. Repórter. 1964, p. 21).

El problema económico fue central en las discusiones y una propuesta fue el estudio sobre los salarios y condiciones de la vida material de los periodistas, con el fin de crear conciencia sobre la necesidad de institucionalizar convenciones colectivas junto a las demás empresas del país. Una comisión encargada de estudiar este tema encontró que muchos de los trabajadores de la prensa ganaban salarios que estaban un 50% por debajo de sus gastos básicos, de modo que la jornada de trabajo se extendía más de las 18 horas y era común que se trabajara en varias empresas periodísticas al mismo tiempo para cubrir tales gastos, hecho que fue condenado por ser un mecanismo de explotación y por ello se sugirió el exclusivismo profesional, de modo que los mejores salarios impidieran la acumulación de empleos entre los periodistas. Otro problema era la discriminación en términos de pauta publicitaria al periodismo regional pues debilitaba los medios de provincia. Para responder a los desafíos del problema económico y la defensa de los periodistas asalariados, el congreso hizo la propuesta de un anteproyecto del estatuto legal del periodista que contenía 17 capítulos en los que se abordaban temas sobre la definición de periodista, su matrícula, el escalafón, el secreto profesional, las condiciones de trabajo y las garantías sindicales, entre otros temas. De esta manera, se definió al periodista como un trabajador sometido a remuneraciones periódicas dentro de

un escalafón en el que la experiencia era el indicador más importante y debía estar afiliado a un sindicato de prensa. Para aquellos problemas relacionados con la ética profesional, se propuso que fuera un tribunal creado por el Colegio Nacional de Periodistas el que juzgara la conducta de sus afiliados. Sólo se reconocía como periodistas a quienes estuvieran matriculados en el Ministerio de Trabajo por intermedio de un sindicato, mientras una comisión, integrada por el Ministerio y el Colegio Nacional de Periodistas, sería la encargada de otorgar el carnet profesional de periodista. Respecto al secreto profesional se definía como equivalente al del abogado. (C.N.P., 1964, p. 36).

El estatuto del periodista se convirtió en un asunto de honor que tuvo que transitar por varias instancias y luego del esfuerzo realizado en Cúcuta, tres años después se seguía discutiendo. De acuerdo al proyecto de 1967 la profesión de periodista se definía como una actividad intelectual y reglamentada, por tanto, quien aspirara a periodista debía estar inscrito en el Registro Nacional de la Profesión de Periodista. El proyecto planteaba la creación de un Consejo Nacional de Periodismo para la vigilancia del ejercicio de la profesión, compuesto por diez miembros; dos voceros de las escuelas de periodismo, seis miembros de las distintas asociaciones de periodistas, y en representación de la Asociación Colombiana de Diarios, dos voceros. El proyecto planteaba en sus artículos finales tres aspectos que llaman la atención; uno especificaba que el ejercicio del periodismo era incompatible con las funciones publicitarias y por tal razón no podrían ser miembros quienes representaran las agencias, en segundo lugar, se consagraba como derecho el secreto profesional salvo en los casos de responsabilidad penal, y en tercer lugar el ejercicio de la profesión era incompatible con actividades remuneradas por el Estado o por empresas privadas, salvo las funciones docentes. Quedaba planteado pues un debate respecto al carácter retrógrado o progresista de este proyecto. Para muchos fue un retroceso respecto a lo planteado en Cúcuta (*El Periodista Colombiano*, 1967, p. 4).

Finalmente en lo concerniente a uno de los temas más debatidos; la tarjeta profesional, el proceso parece tener un punto culminante en 1975, cuando se aprueba el estatuto profesional del periodista mediante la ley 51 del mismo año que determinó como requisito para el ejercicio profesional del periodismo el haber cursado una carrera. Ya no era un asunto meramente “del hacer”, sino que era una expresión más en el amplio campo de la comunicación social (Salazar Manrique, 1982).

Sin duda, el debate sobre el ejercicio del periodismo era un asunto que interesaba a los periodistas, a los empresarios y a los académicos. Y el escenario para discutir las mutuas percepciones llegó en 1965. En este año se realiza el Primer

Seminario de Periodismo Bolivariano en la ciudad de Medellín, bajo el título: “Seminario sobre la Enseñanza de Periodismo y Ciencias de la información”, organizado por la Universidad de Antioquia, el Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), la Fundación Ford y el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina (CIESPAL). De acuerdo al investigador, Javier Esteinou, desde 1959 y por iniciativa de la Unesco, la OEA, el gobierno de Ecuador, y la Fundación Ford, este centro de estudios fue un orientador de los planes de estudio en las instituciones universitarias latinoamericanas, en los que predominó el enfoque organicista, los métodos cuantitativos y las teorías de Laswell, Lazarfed y Scharmm. Fue así como desde la academia norteamericana hubo una amplia influencia en cuanto al enfoque pedagógico, los métodos de estudio de la comunicación y la orientación de las escuelas de periodismo a lo largo del continente a través de congresos, conferencias, publicaciones y seminarios, como el organizado en 1965 en Medellín (Javier Esteinou, 2003).

En el cubrimiento que el periódico El Tiempo hizo a este seminario, al que le dedicó más espacio que El Espectador, se destaca el mensaje que envió a los organizadores Carlos Sanz de Santamaría, presidente del Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso, dicho mensaje recordaba el ambiente político internacional y el “deber ser” del periodismo en aquellos años:

“...es urgente que la prensa intervenga con una función didáctica a explicar los problemas comprometidos con el programa de la Alianza para el Progreso [...] solo así podemos contribuir a que la opinión pública le preste su apoyo a los programas cooperativos de desarrollo económico, de progreso social y de intercambio cultural entre los países del hemisferio. La prensa puede contribuir de igual manera con su misión informativa y educativa a bajar el tono de la crítica, y a hacer más objetivas las formulaciones sobre la dirección de los negocios públicos” (El Tiempo, 1965, 18 de enero, p. 26).

Inauguró el seminario el ministro de Relaciones Exteriores, Fernando Gómez Martínez, quien cinco años atrás había asistido en calidad de director del periódico El Colombiano, al Seminario de Directores de Escuelas de Periodismo y Directores de Periódicos. Fue al regreso de este evento que impulsó la idea de crear una escuela de periodismo en la Universidad de Antioquia.

El seminario organizado en Medellín respondía a la problemática existente entre las escuelas de periodismo, las empresas y los gremios y sindicatos de profesionales de la prensa. De este modo, la academia expresaba su visión sobre problemas específicos de la docencia así como su relación con los medios y los periodistas. Los directores de medios a su vez tenían la oportunidad de expresar su visión sobre la formación de los nuevos periodistas y finalmente, los dirigentes de las asociaciones profesionales expresarían su posición frente a la academia y los medios. En síntesis se pretendía saber de una parte, si las escuelas respondían a las necesidades de los medios, y de la otra, si las escuelas recibían ayuda de los medios y de los profesionales del periodismo.

De acuerdo a Ignacio Ramírez Sánchez, director de la Escuela de Periodismo de la Universidad América de Bogotá, el evento dejó un amplio balance en cuanto a las recomendaciones que en una apretada síntesis se pueden caracterizar por la intensificación de la actividad investigadora para llevar a cabo estudios de análisis de contenido, de opinión pública y de públicos receptores bajo la asesoría de CIESPAL. Se recomendó también la creación de institutos de investigación de prensa anexos a las escuelas de periodismo e integrados por las empresas, las asociaciones profesionales de periodistas y las escuelas de periodismo. A las escuelas se recomendó intensificar las prácticas de los estudiantes y contratar a periodistas profesionales para dictar clases de especialización. Respecto a los requisitos para la obtención de una credencial de periodista esta debía otorgarla los respectivos gremios tanto a los titulados como a los no titulados que debían acreditar experiencia y el aval del respectivo gremio. De igual manera, se recomendaba la unificación conceptual en América Latina de una terminología legal respecto al tema del “Estatuto del Periodista Profesional”, aunque los gremios de los distintos países tenían autonomía como entidades de derecho privado para usar respectivamente la más conveniente denominación. Finalmente había una recomendación dirigida a los medios algo controvertida:

“...una mayor participación con sus informaciones y con su opinión editorial para crear un ambiente favorable en el cumplimiento de las recomendaciones de la Carta de Punta del Este, en relación con el Plan de desarrollo económico y social de América Latina.” (Ramírez Sánchez, 1965, p. 26).

Para el Colegio Nacional de Periodistas el balance de dicho seminario refleja una tensión importante, por un lado logró que su anteproyecto del estatuto del periodista fuera acogido y recomendado por el Seminario, del otro, cuestionó el enfoque académico y el trasfondo ideológico que orientó las sesiones:

“Un factor negativo de estas discusiones y desde luego contraproducente para la mejor realización del Seminario, fue la forma prefabricada como este hubo de desarrollarse. Ponentes y relatores, en buena parte, no eran, efectivamente, los elementos más capacitados para exponer las tesis en discusión y recoger las inquietudes del periodismo latinoamericano. Cierta dirigismo pedante y estrechez de criterio en cuanto al temario, impidieron pues, la menor y más amplia discusión de asuntos que inquietan a los profesionales de la prensa. En ciertos momentos había la sensación de que el pensamiento político de la OEA y los pesos aportados por la Fundación Ford, pesaron fatigosamente en el ambiente de las deliberaciones” (C.N.P. Repórter. 1965, p. 33).

Aunque se reconoce los aportes del seminario al mejoramiento de la profesión periodística, la crítica apunta a un problema particular del momento político que se vivía y era la campaña del gobierno norteamericano por incidir en el periodismo latinoamericano de cara al compromiso anticomunista de su política exterior.

Tres años atrás, en 1962, se había celebrado en Bogotá el segundo Congreso Interamericano de Periodistas auspiciado por la Federación Interamericana

de Organizaciones de Periodistas (FIOPP) y organizado por la Asociación Colombiana de Periodistas (ACP). En el discurso pronunciado por el presidente Guillermo León Valencia al momento de inaugurar el evento se advierte la atmósfera de dicha campaña:

“...Quiero manifestar ante los periodistas de América que siguiendo la luminosa huella de mi ilustre antecesor e insigne periodista Albero Lleras Camargo este gobierno gobernará a Colombia dentro de la más absoluta libertad, dentro del más estricto e inflexible respeto a la constitución y a las leyes, y dentro del más amplio espíritu panamericanista entendiendo que bajo la extraordinaria política de acercamiento continental que implica el discurso del presidente Kennedy sobre la Alianza para el Progreso, hay un hecho fundamental que debe destacarse en un congreso de periodistas, y es la declaración del presidente, de que el progreso en estos pueblos y la ejecución de su política solo podrá adelantarse con gobiernos libres de origen auténticamente popular, es decir condenando por anticipado, todo posible golpe de fuerza que quiera tergiversar e imponernos la propia voluntad de su autodeterminación. En consecuencia yo estimo que bajo esos signos de libertad perdurable e iluminados por la luz de la prensa de América que vosotros representáis y no como propietarios lo que pudiera llegar a ser pingue negocio, sino como pioneros de periodismo que escribís sus columnas y daís sus noticias, hay esperanza de que cada día la fraternidad continental sea más honda y más grande, como ya se ha dicho bajo el régimen perdurable americano de la democracia y dentro del perdurable espíritu de la libertad” (El Espectador, 1962, agosto 18).

No era para menos advertir el carácter de la reunión, en efecto, la FIOPP creada en Lima en 1960, fue un contrapeso años más tarde, de la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP) más cercana a la experiencia cubana, de modo que prontamente la confrontación este-oeste y el temor a la expansión de dicha experiencia, movió al periodismo internacional y al colombiano a realizar acciones de asociación con objetivos acordes a los intereses de la geopolítica del momento. Otra organización que hacía presencia en el país a través de la afiliación de periodistas colombianos, fue la Organización Internacional de Periodistas (OIP), creada en 1946 en el seno del congreso de periodistas de los países aliados realizado en Copenhague. A la par de esta organización europea, hubo otra latinoamericana, la Comisión de Información y Cooperación de los Periodistas de Latinoamérica (CICPLA), creada en 1962 y conformada por 13 países de la región entre los cuales estaban Cuba y Colombia. Y así como los periodistas se asociaban, los propietarios de periódicos también se unían en defensa de sus intereses, de modo que en 1961 nace la Asociación de Diarios Colombianos (ANDIARIOS), en un ambiente de lucha sindical y enfrentamiento obrero-patronal del cual el periodismo no podía quedar al margen. Realmente la estigmatización del periodismo por los vínculos ideológicos fue severa. Justamente, en 1966 el Colegio Nacional de Periodistas protesta categóricamente contra versiones que asociaban a dicho colegio con organismos extranjeros de tendencia comunista (*Revista de la Asociación Colombiana de Periodistas*, 1966, p. 15).

Mientras esto sucedía en el ámbito de asociacionismo nacional e internacional, la década del sesenta deja ver de otro lado el comienzo de un proceso importante; el interés de las universidades por consolidar sus escuelas de periodismo y esto nos lleva a valorar la relación entre periodismo y academia.

### **PERIODISMO Y ACADEMIA: CAMINO A UNA CARRERA PROFESIONAL**

Colombia fue un país con pocas Escuelas de Periodismo en la primera mitad del siglo XX y el arribo de la enseñanza del periodismo a las instituciones universitarias fue tardío respecto a otros países de América Latina. Para 1960, Argentina tenía 7 escuelas y la más antigua había sido creada en 1934, Brasil contaba con 8, México tenía 6, mientras que Chile, Perú y Uruguay contaban con 3 escuelas en cada país. Colombia solo tenía dos escuelas; una en la Universidad Javeriana de Bogotá, la otra en la Universidad de Antioquia en Medellín. La primera orientada a una formación más humanística y la segunda con un énfasis más práctico y una visión hacia las relaciones públicas y la publicidad. En 1965, aparece una tercera, la Escuela de Periodismo de la Universidad América, bajo la dirección de Ignacio Ramírez Sánchez. (*Las Escuelas de Periodismo en la América Latina*. Quito. CIESPAL. 1961).

Desde 1936, la Universidad Javeriana en Bogotá, ofrecía cursos de enseñanza del periodismo que dependían de la Facultad de Filosofía y Letras, luego en 1949, se crea la Escuela de Periodismo que en 1965 pasa a llamarse Escuela de Comunicación Social. Para 1961 su programa contaba con 24 profesores, duraba tres años y su plan de estudios estaba dividido en cuatro grupos de materias; Cultura General, Ciencias Jurídicas, Periodismo y Radiodifusión.

En mayo de 1960, la Conferencia Interamericana de Prensa realizada en Quito y promovida por CIESPAL, recomienda la formación académica de los periodistas y motiva la discusión sobre los planes de estudio que imparten las escuelas de periodismo. Por Colombia asistió a dicha conferencia, como mencionamos atrás, el director del periódico El Colombiano, Fernando Gómez Martínez, quien impulsó la creación de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Antioquia en octubre de 1960. Para 1961, el programa de la escuela tenía tres años de duración y su plan de estudios mostraba una amplia oferta de materias entre las cuales estaba; Propaganda y Publicidad, Redacción Periodística, Teoría y Práctica del periodismo, Relaciones públicas e Historia del periodismo. A los pocos años de su creación, una comisión de la Universidad de Texas hace una evaluación del plan de estudios con el fin de realizar cambios en las asignaturas del p<sup>é</sup>nsum y en 1965, desaparece la denominación Escuela de Periodismo por la de Escuela de Ciencias de la Comunicación (Universidad de Antioquia, 2002).

Finalmente, las universidades atendieron la recomendación de CIESPAL respecto a un estudio de 1963 en el cual se consideró que el concepto de periodismo y su función social y humana no eran ajenos a los cambios generados por la investigación científica. De modo que los procesos de comunicación requerían de conocimientos especializados en el área de las ciencias de la información, por tanto, la enseñanza y práctica del periodismo abarcaba un amplio campo de la actividad humana y el periodismo entraba de lleno en el ámbito de la investigación científica, así como la formación de técnicos en relaciones públicas y en publicidad. Ante esta perspectiva, se recomendó a todas las Facultades y Escuelas de Periodismo de América Latina el cambio de nombre por Facultades de Ciencias de la Información, o Escuelas de Ciencias de la Información. (CIESPAL, 1963).

Para un sector del periodismo “empírico” la formación académica de los periodistas ya permitía hacer un balance crítico, muy temprano, pero bastante crítico. Para el Colegio Nacional de Periodistas, las Facultades de periodismo desarrollaban un trabajo poco convincente debido a la poca capacidad didáctica de los profesores para combinar la práctica con la teoría, preocupaba también, la escasez de fuentes de trabajo para quienes salían con un título universitario. De este modo, mientras las universidades se esforzaban por atender la formación de las nuevas generaciones de periodistas, en los medios de comunicación masivos la mayoría de los periodistas no tenía una formación profesional en esta carrera. Pronto se escucharon voces aún más inconformes con la preparación que se impartía en las universidades. Para Marco Tulio Rodríguez, el costo de la educación restringía el acceso de muchos aspirantes que quedaban por fuera, los egresados no llegaban a los medios sino que buena parte de ellos terminaban en cargos públicos y en algunos casos el enfoque de la educación iba dirigido más a las empresas publicitarias que a la prensa. Otra crítica tenía que ver con el concepto de relaciones públicas, materia que se impartía en los programas de estudio y que tomaba fuerza como práctica y como espacio laboral para muchos periodistas, la crítica iba dirigida a sus fines: hacer propaganda a instituciones públicas a través de la conformación de secretarías de información y prensa. Tales secretarías, distribuían la información de acuerdo a privilegios y discriminaciones incidiendo en el ambiente informativo por su poder de generar las “primicias” a la prensa aliada al gobierno (Tulio Rodríguez, 1963).

## **EL BALANCE DE LOS PRIMEROS TIEMPOS DEL FRENTE NACIONAL PARA EL PERIODISMO**

Mírese por donde se mire, la geopolítica estaba íntimamente ligada al tema del periodismo por varias razones, entre las cuales hay que destacar la lucha por la formación de opinión pública proclive al régimen de coalición y los reclamos retóricos tanto del Estado como del periodismo por la defensa de la libertad

de prensa. Respecto a la primera, los indicios parecen mostrar el interés por formar una opinión menos crítica y más proclive a los intereses nacionales subordinados a políticas internacionales. De la segunda, podemos constatar que los presidentes del Frente Nacional proclamaron de manera amplia una posición abierta en defensa del derecho a la libertad de expresión, como también fueron amplias las denuncias sobre el incumplimiento de dicho derecho. Las huelgas en periódicos de la capital, la persecución al periodismo de oposición, y en 1966, bajo la administración de Carlos Lleras, la expedición de algunos decretos que restringían la libertad de expresión en medio de numerosas retenciones de periodistas en varias ciudades del país, hecho que fue denunciado ampliamente por la ACP, conforman un panorama ampliamente conflictivo para el ejercicio del periodismo no afecto a la coalición bipartidista (Revista de la Asociación Colombiana de Periodistas, 1967, p. 8).

Mientras tanto, los hechos que registraba diariamente la prensa aterraban a un sector poco estudiado, el de los relacionistas públicos. Ernesto Rodríguez Medina, periodista y Director Nacional de Relaciones Públicas del SENA, en su discurso inaugural del Primer Ciclo Académico Nacional de Relaciones Públicas reunido en Medellín en 1966, expresaba con espanto la realidad que tenía frente a sus ojos:

“Muchas veces los colombianos nos levantamos con el ánimo predispuesto a la diaria tarea y con el convencimiento de que días mejores están comenzando para la patria. Más sin embargo, llega a nuestras manos algún diario y a través de él, primero con ansiedad, luego con estupor y finalmente con angustia, comienza a desdibujarse ante nosotros la imagen de un país en crisis, de una nación vilipendiada, de una sociedad aterrada. Y todos nos preguntamos qué le está pasando a Colombia. Huelgas, paros, secuestros, asaltos, medidas de emergencia en todos los campos de la actividad. Reportajes pesimistas. Artículos alarmantes. Crónicas sensacionalistas [...] Desde luego no toda la prensa colombiana es agorera de la tragedia [...] Existen profesionales de la pluma que seria, sensata y objetivamente destacan la verdad [...]

Y por ello, porque sé que en esta sala están muchos periodistas que se encuentran seriamente preocupados por estas actitudes negativas de algunos colegas y varios órganos de comunicación, es por lo que vengo a hacer un llamado para ese periodismo en peligro y para un nuevo relacionismo que se levanta pujante en medio de la tan profetizada tragedia que no ha venido, ni viene, ni vendrá, porque ese periodismo sensacionalista nos está describiendo un país que no es el nuestro. ¡Colombia es bien diferente! ...” (Revista de la Asociación Colombiana de Periodistas, 1966, p. 7).

De este modo, la imagen del país preocupaba ampliamente y se advertían los efectos de un tipo de periodismo muy exitoso comercialmente, el llamado periodismo sensacionalista que curiosamente tuvo un enorme auge en los tiempos del Frente Nacional. En efecto, las principales publicaciones de este tipo de periodismo tales como *Sucesos*, *El Vespertino*, *El Espacio*, la revista

*Vea y El Bogotano*, nacieron durante este periodo como expresión de proyectos rentables económicamente y espacios aparentemente ajenos a la polémica partidista. No obstante, los hechos de violencia política, las demandas de justicia social y el crimen urbano era hechos que no se podían esconder. Y tal como ahora, urgía mostrar la otra cara de Colombia y no era extraña esta posición viniendo de sectores que representaban el mundo de la publicidad, la industria y el comercio. Sectores ampliamente beneficiados por el continuo crecimiento económico en los momentos más aciagos para la mayoría de los colombianos, extraña paradoja en la historia de Colombia que se sintetiza en las palabras de los dirigentes de la Asociación Nacional de Industriales (ANDI) en 1949 y en 1987: “al país le va mal pero a la economía le va bien” (Archila, 2003, p. 336).

Finalmente podemos constatar que, a pesar de los esfuerzos de asociación de los periodistas colombianos en los tiempos del Frente Nacional, pesó más el faccionalismo producto entre otras razones de la confrontación ideológica este-oeste y, aunque el estatuto profesional del periodista logró convocar la atención de la mayoría de los periodistas, su construcción vivió las vicisitudes propias de un oficio intelectual que tampoco podía estar al margen de la confrontación política. En este panorama, las Escuelas de Periodismo pasaron a ser Facultades de Ciencias de la Información, de modo que mientras el ejercicio del periodismo vivía las consecuencias de la confrontación partidista y quedaba atrapado en sus disputas, su reflexión teórica avanzaba a grandes pasos en el mundo académico aunque con poca incidencia en el debate que más interesaba a los periodistas, el de su defensa gremial. Lejos estaban los tiempos de una agremiación que superara el faccionalismo y se acercara a la formación de un campo autónomo de intelectuales en Colombia.

## REFERENCIAS

- Archila, Mauricio. (2003). *Idas y venidas. Vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia. 1958-1990*. Bogotá: Cinep / Icanh.
- Ayala Diago, César Augusto. (2000). La Nueva Prensa y su influencia en la política colombiana de los años sesenta. *Boletín Cultural y Bibliográfico*. XXXVII (55), 61-72.
- Ayala Diago, César Augusto (2008). *Exclusión, discriminación y abuso de poder en El Tiempo del Frente Nacional*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Colegio Nacional de Periodistas. (1964, marzo-abril). Repórter. (1). p 12.
- Colegio Nacional de Periodistas. (1964, marzo-abril). Repórter. (1). p. 20.
- Colegio Nacional de Periodistas. (1964, marzo-abril). Repórter. (1). p. 21.

- Colegio Nacional de Periodistas. (1964, marzo-abril) .Repórter. (1). p. 36.
- Colegio Nacional de Periodistas. (1965, noviembre-diciembre).Repórter (11). p.7-15.
- Colegio Nacional de Periodistas. (1965, febrero-marzo). Reporter. (7). p. 33.
- Ecuador. Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina. (1963). *Las Escuelas de Periodismo en la América Latina*. Quito: CIESPAL.
- Ecuador. Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina. (1961). *Las Escuelas de Periodismo en la América Latina*. Quito: CIESPAL.
- El Periodista Colombiano. (1967, septiembre-octubre). El Estatuto de prensa. ¿Retrógrado o progresista?. (6). pp. 4 y 5.
- El Espectador*. (1962, agosto 18), p. 10.
- El Espectador*. (1962, octubre 5).
- El Tiempo*. (1965, enero 18), p. 26.
- Esteinou, Javier. (2003). *El desarrollo de la ciencia de la comunicación en América Latina: el caso de Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo en América Latina [en línea]*. Disponible en: <http://www2.metodista.br/unesco/PCLA/revista15/artigos%2015-2.htm>. [Consultado 25 mayo de 2011].
- Gallego, Hernán. (1966, Octubre). “Antecedentes y desarrollo del plan de vivienda de la A.C.P. *Revista de la Asociación Colombiana de Periodistas*.(2), 5-8.
- Gutiérrez, Gabriel. (1966, octubre). “La unidad del gremio periodístico”. *Revista de la Asociación Colombiana de Periodistas*. (3), 15-16.
- Hartlyn, Jonathan. (1993). *La política de régimen de coalición. La experiencia del Frente Nacional en Colombia*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- Ramírez Sánchez, Ignacio. (1965). *Periodismo y universidad en América Latina*. Bogotá: Ed. El Voto Nacional.
- Revista de la Asociación Colombiana de Periodistas*. (1967). “Amenazada la libertad de expresión”. (5), pp. 8-10.
- Rodríguez, Marco Tulio. (1963). *La gran prensa en Colombia*. Bogotá: Minerva.
- Rodríguez Medina, Ernesto. (1966, junio). “¿Hay libertad o irresponsabilidad en la prensa colombiana?. *Revista de la Asociación Colombiana de Periodistas* (1). p. 7.
- Salazar Manrique, Jorge A. (1982). *Hacia una formación profesional del periodista*.

*Revista Signo y Pensamiento*. I (1).

Tirado Mejía, Álvaro. (1990). El MRL y la cultura. *Revista Credencial Historia*. (3).

Universidad de Antioquia. (2002). *Informe final proceso de autoevaluación programa académico comunicación social – periodismo* [en línea]. Disponible en: <http://docencia.udea.edu.co/programacionacademica/contenido/IPPA/PLANES%20DE%20MEJORAMIENTO/Informes%20auto/Informe%20comunicacion%20social-periodismo%202002.pdf>. [Consultado el 25 mayo de 2011].

Vallejo Mejía, Maryluz. (2006). *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia. 1880-1980*. Bogotá: Planeta. 2006.

Villar Borda, Carlos J. (2004). *La pasión del periodismo*. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano.